

Luchar y Amar

David: el rey

Anselm Grün

David: el rey



David es el gran guerrero en la historia de Israel, y es al mismo tiempo el gran rey. Una y otra vez el pueblo dirige hacia él su mirada. Siendo guerrero y rey, es además cantor y poeta, y también amante. Richard Rohr piensa que el rey compendió en su persona todos los arquetipos. En David percibimos que uno puede luchar y amar a la vez. Él fue capaz de actuar con firmeza y de tocar y cantar con la cítara. Integró en unidad la tensión expresada en el título de nuestro libro. Es propio del hombre luchar y amar simultáneamente. De David podemos aprender a integrar en nosotros ambos polos.

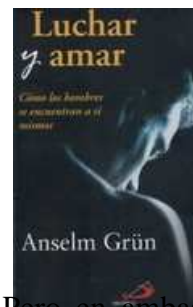
David no fue sólo amante, sino también amigo. Su amistad con Jonatán, el hijo de Saúl, su más enconado enemigo, es descrita en la Biblia con palabras conmovedoras. Los homosexuales ven en esta amistad entre los dos guerreros un ejemplo de lo que ellos sienten entre sí. No significa esto que David o Jonatán fueran homosexuales. De ello no nos dice nada la Biblia. Pero los sentimientos que ambos experimentan en su interior tienen al menos un colorido homoerótico. No se trata de una simple camaradería entre dos guerreros, sino de una amistad emocionalmente profunda. El rey David es, pues, todo; guerrero, amante, amigo, poeta y cantor. ¿Cómo podemos integrar en David facetas tan diversas? Veamos la historia de David tal como nos la presenta la Biblia.

Samuel ungió como rey a Saúl. Pero cuando Saúl se mostró desobediente frente a Dios, fue rechazado. Dios ordenó a Samuel que se dirigiera a la casa de Jesé. Allí le comunicaría a quién debía ungir por rey. Sobre el hijo más joven fue sobre quien Samuel derramó el cuerno de aceite. Pero esa unción regia permaneció secreta para el pueblo. Después de que el Espíritu del Señor abandonará a Saúl, este entró en un estado de depresión, o como dice la Escritura: «un mal espíritu le atormentaba» (1Sam 16,15). Sus criados le instaban a que buscara a alguien que pudiera tocar la cítara, para que así se alejara de él aquel mal espíritu. De este modo es como David entró al servicio de Saúl. Y Saúl le fue tomando aprecio. Cada vez que Saúl se veía atormentado por el mal espíritu, David se ponía a tocar la cítara. «Y Saúl se calmaba, mejoraba y el mal espíritu se alejaba de él» (1Sam 16,23).

Cuando los israelitas tienen que luchar contra los filisteos, el guerrero más destacado de estos, el gigante Goliat, desafía a los israelitas pidiendo, que saliera uno de ellos a batirse con él. Nadie se atrevían. El joven David da entonces un paso adelante. Toma su cayado, busca cinco piedras bien lisas y las mete en su zurrón de pastor. Goliat se tomó a mofa que aquel joven se enfrentara con él: «¿Es que soy un perro, para que vengas contra mí con un cayado?» (1Sam 17,43). Pero David lanzó con su honda una piedra, que se clavó en la frente del gigante Goliat. Este se desplomó como un árbol y, con su propia espada, David le cortó la cabeza. Desde siempre ha fascinado a los hombres que un joven desarmado venciera al veterano guerrero. La confianza en Dios aparece aquí en contraposición a la confianza en las propias fuerzas. Pero la confianza en la ayuda de Dios es también la que robustece la convicción del joven David de poder enfrentarse sin armas a un guerrero perfectamente equipado. Quien se apoya en Dios no necesita acorazarse. Sin armas, puede salir al encuentro de aquel que se mofa de él y le desafía.

David es aclamado como héroe. Esto hace que Saúl se vuelva celoso e intente a partir de entonces acabar con él. Pero David entabla amistad con Jonatán, el hijo de Saúl. «Jonatán se encariñó de David» (1Sam 18,1). Cuando el padre lo amenaza, él está al lado del amigo.

Luchar y Amar



David: el rey

Anselm Grün

David tiene que huir de Saúl. Por dos veces puede David matar a Saúl. Pero en ambas ocasiones perdona la vida al enemigo. Finalmente, tanto Saúl como Jonatán caen en la batalla contra los filisteos. David entona un sentido lamento. Deplora la muerte de su enemigo Saúl:

«Hijas de Israel, llorad por Saúl, que tan lujosamente os vestía de púrpura» (2Sam 1,24). Palabras conmovedoras encuentra David para expresar su amistad con Jonatán: «¡Qué angustia me ahoga, hermano mío, Jonatán! ¡Cómo te quería! Tu amor era para mí más dulce que el amor de las mujeres» (2Sam 1,26). David no es ahora el duro guerrero. Lucha por la vida. Es capaz de afecto. Su amistad con Jonatán muestra la intensidad de los sentimientos y del amor que hay en él. Su amor no se agota en sus dos mujeres, Abigail y Ajinoán, y en su amada Betsabé, sino que abarca también al joven Jonatán. Su amistad con él podría verse como paradigma de una relación entre dos hombres. Los homosexuales se sienten profundamente conmovidos por la canción de amistad que David entona por Jonatán. Pero también los hombres heterosexuales y las mujeres pueden entenderla.

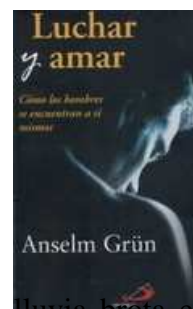
Como rey, David no tiene en principio más que éxitos. Unifica al pueblo y lo libra de sus enemigos. Frente a la casa de Saúl se muestra indulgente. Parece como si David fuera el rey perfecto. Pero también él tiene sus sombras. Piensa que, como rey, todo le está permitido. Pronto toma el desquite. Cuando desde el tejado de su palacio real ve bañarse a una hermosa mujer, la desea para él. Ordena que se la lleven y se acuesta con ella. Ella queda embarazada. Entonces David hace volver a casa a su marido Urías, que se encontraba en el campo de batalla. Quiere que se acueste con su mujer Betsabé, para encubrir así la procedencia del niño. Sin embargo, Urías se niega. David escribe entonces una carta a Joab, el jefe del ejército, ordenándole que ponga a Urías en primera fila y que lo dejen solo cuando la batalla arreciara. De este modo, envía a Urías a la muerte segura. Dios, por su parte, manda al profeta Natán dirigirse a David. Natán le reprocha su pecado. En forma de una parábola, muestra a David que ha obrado del mismo modo que aquel hombre rico que roba al pobre su única oveja y le anuncia que será castigado: morirá el hijo que David espera de la mujer de Urías. Más aún, el profeta le amenaza con la experiencia de la desgracia en su propia casa. Absalón mata a su hermano Amnón por haber violado a su hermana y se levanta contra su propio padre. Se hace nombrar rey, de modo que David tiene que huir de Jerusalén. En la huida, David se encuentra con un hombre llamado Semey, que se puso a maldecirle. Viendo que sus acompañantes estaban dispuestos a matarlo, David se lo prohibió con estas palabras: «Si el Señor le ha mandado que maldiga a David, nadie puede reprochárselo» (2Sam 16,10). A diferencia de tantos reyes, que de inmediato acallan toda clase de crítica, David se deja maldecir. Es capaz de enfrentarse con su sombra y sus errores. Sabe que tampoco él es infalible y carga con toda su culpa.

Absalón emprende una campaña contra su propio padre con el fin de eliminarlo. La gente de David, sin embargo, derrota al ejército del desalmado hijo. David había ordenado que respetaran la vida de su hijo. Pero cuando este quedó colgado de una encina, enredado en ella por su larga cabellera, Joab lo mató contra la orden dada por David. Al enterarse David de la muerte de su hijo, expresó a gritos su lamento. David regresó de nuevo a Jerusalén y nombró como sucesor suyo a su hijo Salomón. Este sería famoso en todo el mundo por su sabiduría, pero al final de su vida se volvió engreído y se apartó del camino de Dios. David, sin embargo, siguió siendo hasta el final de sus días el rey temeroso de Dios. Sus últimas palabras fueron estas: «Ha hablado el Dios de Jacob, la Roca de Israel me ha dicho: El que gobierna a los hombres con justicia, el que gobierna con temor de Dios, es como la luz de la

Luchar y Amar

David: el rey

Anselm Grün



mañana al salir el sol, mañana esplendorosa y sin nubes, en la que tras la lluvia brota el césped» (2Sam 23,3-4).

David es el rey, el hombre que decide por sí mismo, que no se deja determinar por los demás. Pero, para llegar a esto, David tiene que pasar por un doloroso proceso de aprendizaje. Al principio piensa que, como rey, puede satisfacer todos sus deseos. Cuando desea a una mujer, esta tendría que acatar su voluntad. El profeta Natán, sin embargo, le obliga a confrontarse con su falso proceder. David, a diferencia de tantos políticos, no rehúsa esta confrontación. Al contrario, afronta con valentía su culpa y la asume. Se lamenta por su hijo, que debe morir. Pero, una vez muerto, se lava y se pone una vestimenta nueva. Acepta lo que Dios ha dispuesto para él. Quien se embarca en el combate de la vida y quien asume responsabilidades para con otros experimentará siempre sus limitaciones. Sentirá la tentación de considerarse poderoso y de sobreestimarse. Pero la vida le hará poner los pies en la tierra. David no cabalga siempre sobre la ola de sus éxitos. Se ve obligado a huir ante su propio hijo. Tiene que presenciar cómo luchan sus hijos entre sí. En todo lo que sucede, David se dirige siempre a Dios. A él le pide consejo. Y acude al profeta y a los sacerdotes, no sólo a los políticos. Se podría decir que busca consejo en el ámbito espiritual. Retorna siempre a la fuente del espíritu divino para beber de la sabiduría de Dios. Es consciente de que la sola razón no capacita para gobernar. Necesita otra fuente-para poder desempeñar de manera correcta su responsabilidad por este mundo.

La sombra del rey santo, aun cuando lleve al país a la prosperidad, es el tirano que quiere avasallar a los demás para acrecentar su escasa autoestima. Tiene que hacer pequeños a los demás para poder creer en su propia grandeza. Las acciones de tales tiranos quedan impregnadas de «tácticas intimidatorias, coacción, manipulación, vileza y paranoia»¹. En el país de un tirano, los súbditos pasan a la defensiva, en lugar de asumir riesgos. Reina el ordeno y mando, en lugar de la creatividad. La vida se extingue. Una fuerte tentación en el hombre es la de imitar a este arquetipo negativo de rey. La otra gran tentación es la de esquivar toda responsabilidad, permaneciendo un eterno adolescente, un «*puer aeternus*», como denomina C. G. Jung a un hombre así. Se habla también del «complejo de Peter Pan». Pan era el hijo del dios griego Hermes y es la imagen del joven que nunca llega a madurar. Pan «vive en un mar de posibilidades, sin decidirse nunca a comprometerse en un asunto o en una cuestión por no querer arriesgar la próxima posibilidad que se le ofrezca»² Patrick Arnold piensa que hoy tiene buen mercado en la cultura popular el *puer aeternus*; el hombre agradable, pueril y superficial. Cuando contemplamos la televisión, no son auténticos hombres los que descubrimos en ella, sino muchachos imberbes. Incluso la propaganda tiene hoy claramente problemas para mostrar hombres de verdad. Pero esta tendencia es peligrosa no sólo para la plena realización de la masculinidad, sino también para nuestra sociedad. Los eternos adolescentes no lograrán conducir esta sociedad a un puerto mejor. Se niegan a cualquier atadura o compromiso y rehúsan la tenacidad. El eterno adolescente es imagen del hombre que no se compromete. Tan pronto como llega a la mediana edad y se da cuenta de que la vida se le ha escapado, cae en la típica depresión de esa edad.

David no es desde el comienzo el rey lúcido e indulgente. Tiene que recorrer un largo camino, con muchos peligros, decepciones e intrigas, con debilidades y miedos personales,

¹ P.M. Arnold, *Männliche Spiritualität. Der Weg Stärke*, Munich, 1991, 161

² J. S. Bolen, *Götter in jedem Mann. Besser verstehen. Wie Männer leben lieben*, Munich 1998, 244

Luchar y Amar

David: el rey

Anselm Grün



hasta llegar a la clemencia, a la compasión consigo mismo y con los hombres que le rodean. En todas sus batallas, David se muestra capacitado para la amistad. Manifiesta tener sentimientos. No se esconde tras la coraza de un ejército. Es un luchador que llora la pérdida de los seres queridos. Es un amigo que -se mantiene firme en la amistad. Es un músico que canta ante Dios sus experiencias con la vida. Pone al descubierto lo que siente en su interior. Ya de joven es tañedor de cítara, ama la música y con ella consigue levantar el ánimo del depresivo Saúl. Músico y guerrero. Para nosotros hoy son dos realidades contrapuestas. Apenas podemos imaginarlas unidas. En su integración, sin embargo, se deja percibir una imagen esencial de la plena realización de la masculinidad. Sólo quien armoniza ambos polos, la música y la lucha, la diversión y la responsabilidad, el sentimiento y la razón, junto con la voluntad, consigue aquella madurez que caracterizó al viejo rey David.

El arquetipo de rey que podemos reconocer en David muestra a un hombre que vive por sí mismo, sin dejarse determinar por lo de fuera, que mantiene su identidad, que está en armonía consigo mismo. Rey es aquel que crea orden dentro de sí, que estructura de manera adecuada no sólo el reino exterior, sino también el ámbito interior de su propia alma. Richard Rohr piensa que la tarea fundamental del rey es la de instaurar el orden y la paz allá donde reina: «Sólo con su presencia, los hombres se sienten seguros y protegidos. Es un rey aquel que, al llegar a un lugar, puede infundir en el grupo que lo habita el sentimiento de seguridad y protección»³.

La figura del rey es en los cuentos el modelo del hombre que mantiene integradas todas sus fuerzas anímicas. Tres príncipes son siempre los que acuden a ayudar al padre enfermo. Y es precisamente el más joven el que lleva al padre el remedio para poder recuperar la salud. Los tres hijos representan a las tres partes del ser humano: el espíritu, el alma y el cuerpo; o la razón, la emoción y el impulso; o la cabeza, el corazón y el estómago. Con frecuencia, los dos hijos mayores fracasan en el camino por no proceder de manera cautelosa con los animales protectores que salen a su encuentro. Les conducen a la posada. Les llevan a disfrutar de su alta posición, dejando de lado el camino de su realización personal. Los cuentos muestran así los peligros que acechan al hombre en el camino de su realización. Para llegar a ser rey, yo tengo que aceptar todo lo que hay en mí y reconciliarme con ello, también con la parte animal, con lo despreciable y lo selvático. El rey otorga finalmente su poder a su hijo y le imparte su bendición. También esto pertenece a la esencia del rey: bendecir a otros. ¡Cuántos jóvenes desean ser bendecidos por un hombre mayor, por un rey!

Para Platón, el filósofo griego, rey no es sólo el que gobierna un país, sino también aquel que conoce las alturas y profundidades del ser humano. Asumiendo esta acepción griega, Lucas presenta a Jesús como rey. El es el verdadero rey precisamente en la cruz, ya que allí es donde puede medir toda la altura y toda la profundidad de este mundo. De manera distinta es entendida la realeza de Jesús en el evangelio de Juan. La realeza de Jesús no es de este mundo. Se trata de una realidad interior, a la que no tiene acceso el mundo exterior y que nadie le puede arrebatar. Jesús tiene una dignidad regia, que está por encima de cualquier poder humano. Y lo que Jesús dice de él, también nosotros nos lo podemos aplicar a nosotros mismos: «Mi reino no es de este mundo». Con relativa frecuencia he despedido a algunos hombres con esta frase para que la repitieran durante un cierto espacio de tiempo. Les he

³ R. Rohr, *Der wilde Mann. Geistliche Reden zur Männerbefreiung*, Munich 1986, 89-90 (trad esp: El hombre salvaje: charlas espirituales sobre la liberación masculina, Comercial, Valencia 1997).

Luchar y Amar

David: el rey

Anselm Grün



recomendado colocar un guijarro sobre su cabeza, que les obligara a andar erguidos. Ellos deben entonces pronunciar esta frase en cualquier circunstancia de la vida, sobre todo en situaciones de debilidad, de abatimiento, de frustración y de trauma. Sienten entonces que hay algo en ellos que no puede ser destruido. Lo regio en ellos proviene de Dios. No es de este mundo. Y por eso el mundo no puede dañarlo. Esto hace libres. Con esa frase tomo yo contacto con mi propio espacio interior, donde reina sólo Dios. El señorío de los hombres no tiene ahí entrada. Ahí tampoco tienen poder alguno sobre mí las voces autodespreciativas del super yo.

Todo cristiano ha sido ungido como rey en el bautismo. El arquetipo del rey pertenece, pues, esencialmente al cristiano. Ser rey significa que yo no puedo tenerme en menos de lo que soy, que he de tomar conciencia de mi dignidad divina, que he de emprender el camino hacia la libertad interior y que he de hacerme responsable del país que Dios me ha confiado. Por lo general, este país no es para nosotros un país exterior, sino una familia, una empresa, un grupo. Pero es también el país de la propia alma con su altura y su profundidad, con sus montañas y sus valles. Rey es solamente aquel que no echa sobre otros la responsabilidad de su propia situación y toma en sus manos las riendas de su vida.